



CAPÍTULO VI

EL BUEY BLANCO Y KAMARINSKI EL ALDEANO

PERO antes de presentar á Foma Fomitch al lector creo indispensable decir algunas palabras acerca de Falalei y explicar lo que había de terrible en el hecho de que hubiese bailado la Kamarinskaia y de que Foma le hubiese sorprendido en aquella divertida tarea.

Falalei era huérfano de nacimiento y ahijado de la difunta mujer de mi tío que le quería mucho. No necesitaba otra cosa Foma Fomitch. Inmediatamente que se instaló en Stepantchikovo y redujo á mi tío á su voluntad, empezó á odiar al favorito. El muchacho había caído en gracia á la generala y había quedado cerca de los señores á despecho del fu-

ror de Foma; la generala lo había exigido y Foma tuvo que ceder. Pero ardiendo en rencor al recuerdo de aquella ofensa—todo para él era ofensa—á cada ocasión propicia se vengaba en mi pobre tío que sin embargo no había tenido ninguna parte en ella.

Falalei estaba maravillosamente bien formado. Tenía cara de muchacha campesina. La generala le miraba y le consideraba como un juguete raro y caro y casi tanto, sino más, como á su perrito Ami. Ya hemos dicho el traje que había inventado para él. Las muchachas le perfumaban y el peluquero Kouzma era el encargado de rizarle el pelo los días festivos. Sin ser idiota era tan ingénuo, tan franco, tan sencillo, que cualquiera habría podido creer que lo era á primera vista.

Cualquier cosa que hubiese soñado la contaba en seguida á sus señores. Se mezclaba en su conversación sin preocuparse de interrumpirla y les decía las cosas más extraordinarias. Se echaba á llorar si á la señora le daba un síncope ó si le gritaban al señor. No había desgracia que no le conmoviese. A veces se acercaba á la generala y besándola la mano le suplicaba que no se incomodase, y la generala le perdonaba con generosidad tales atrevimientos. Era bueno, sensible, incapaz de rencor,

dulce como un cordero, alegre como un niño feliz.

Colocado siempre detrás de la silla de la generala, era un tremendo goloso de azúcar, y cuando le daban un terrón lo mordisqueaba con sus dientes blanquísimos mientras en sus ojos y en todo su rostro se expresaba un placer vivo.

Durante mucho tiempo le odió Foma Fomitch, pero por fin, convencido de que no conseguiría nada encolerizándose, resolvió instituirse en preceptor de Falelei. Un día se incomodó con mi tío porque abandonaba la instrucción de sus criados y se decidió á dar al pobre muchacho lecciones de moral y de francés.

—¡Como!—decía en apoyo de su manía disparatada.—Está siempre cerca de su señora. Puede ocurrir muy bien que un día ella olvidándose de su desconocimiento del francés le diga por ejemplo:—*Donnez moi mon mouchoir*. Debe entenderla para servirla convenientemente.

No sólo no podía conseguirse hacerle aprender el francés sino que el cocinero Andrón, su tío, después de infructuosas tentativas para enseñarle el ruso, había acabado por abandonar el alfabeto. Falalei estaba herméticamente cerrado para la ciencia de los libros y en esa

misma cerrazón tuvo origen todo un suceso.

Los criados habían principiado á burlarse de él con motivo del francés, y Gravilo, el viejo y respetable ayuda de cámara de mi tío, llegó hasta negar abiertamente la utilidad de tal idioma. Llegar esto á oídos de Foma Fomitch que se puso furioso, y castigar á Gravilo obligándole también á estudiar francés, fué todo uno. He aquí de donde provenía la famosa cuestión del francés, que tanto había indignado al señor Bakhtcheief.

En lo que se refiere al comportamiento fué todavía peor, y Foma no logró obtener el menor resultado. A pesar de su prohibición, Falalei no dejaba una sola mañana de contarle sus sueños, cosa que á Foma le parecía demasiado familiar é indiscreta. Pero Falalei persistía en no cambiar. Claro que todo cayó al fin sobre mi tío.

—¿Saben ustedes lo que se ha atrevido á hacer hoy?—gritaba Foma, eligiendo cuidadosamente para producir más efecto el instante en que todos estuviesen reunidos.—¿Sabe usted, coronel, á donde llegó su sistemática debilidad? Se ha comido el pedazo de empanada que le dió usted á la comida y ¿adivine lo que dijo después? Ven aquí, imbécil, idiota.

Falalei dió un paso hacia adelante, mientras lloraba y se secaba los ojos con las manos.

—¿Qué has dicho después de comer la empanada? ¡Repítelo delante de todos!

Falalei no pronunciaba palabra y se limitaba á llorar abundantemente.

—Bueno; lo diré yo por tí. Has dicho, pasando la mano por el estómago, indeciblemente lleno: «Me he hartado de empanada como Martín de jabón.» Ahora le pregunto yo á usted, coronel, si pueden proferirse semejantes palabras entre gentes bien educadas y del gran mundo. ¿Lo has dicho? ¿Sí ó no? ¡Contesta!

—Sí, lo he dicho!...—confirmó Falalei sollozando.

—Ahora, dime: ¿quién es ese Martín que come jabón? ¿dónde has visto á ese Martín comer jabón? Vamos, me gustaría poder figurarme á ese monstruoso Martín.—Silencio de Falalei.—Te pregunto quién es; quiero verle, conocerle. Vamos ¿quién es? ¿Un empleado? ¿Un astrónomo? ¿Un poeta? ¿Un criado? Porque tiene que ser alguna cosa.

—¡Un criado!—contestó por fin Falalei sin dejar de llorar.

—¿De quién?

Falalei no lo sabía. Y todo acabó en una gran indignación de Foma, que

salió de la sala gritando que le habían ofendido. A la generala le dió un ataque nervioso, y mi tío, maldiciendo el día de su nacimiento, iba pidiendo perdón á todos y se creyó obligado para el resto de la jornada á andar de puntillas en su propia casa.

Como á propósito, al mismo día siguiente del suceso y cuando á Falalei se le habían olvidado Martín y los sufrimientos de la víspera, no dejó el chico al llevar el té á Foma Fomitch, de comunicarle que había soñado con un buey blanco. Era el colmo. Presa de la más furiosa indignación, Foma hizo llamar inmediatamente á mi tío y le sermoneó acerca de la inconveniencia de los sueños de *su* Falalei. Se adoptaron medidas severas. Se castigó á Falalei, haciéndole ponerse de rodillas en un rincón. Se le prohibió que volviese á tener aquellos sueños de aldeano.

Si me incomodo, explicaba Foma, es porque no puedo admitir que venga á contarme sus sueños, sobre todo cuando se trata de un buey blanco. Convenga usted conmigo, coronel, en que ese buey blanco no significa más que la grosería y la ignorancia de Falalei. ¡Qué sueños! ¡qué pensamientos! ¿No había dicho yo que no se conseguiría nada con ese chico y que era un disparate dejarle estar al lado de los Señores? Nunca

lograrán ustedes transformar su alma de aldeano, en algo elevado y poético.—Dirigiéndose á Falalei:—¿Es que no puedes imaginarte en tus sueños espectáculos nobles, delicados y distinguidos, por ejemplo: una escena de la vida elegante, con señores que juegan á las cartas ó señoras que se pasean por un jardín?

Falalei prometió para la noche siguiente que no poblaría sus sueños más que de señores elegantes y damas distinguidas. Al acostarse, con las lágrimas en los ojos, rogó á Dios que le enviase uno de aquellos sueños superfinos, y meditó largo rato sobre la manera de no ver más al maldito buey blanco. Pero nuestra voluntad es frágil. Al despertar se acordó con terror de que no había dejado en toda la noche de soñar con aquel miserable buey blanco y de que no había conseguido contemplar una sola señora de paseo por algún hermoso jardín. Fué terrible. Foma declaró firmemente que no podía admitir la posibilidad de semejante recaída. Sin duda Falalei obedecía á un plan, trazado por alguien de la casa con el propósito de molestarle á él, á Foma. Allí fueron los gritos, los reproches, las lágrimas. A la tarde la generala cayó enferma y una gran tristeza pesó sobre la casa. No quedaba más esperanza que la de que á la tercera noche Falalei

soñase al fin algún sueño distinguido; pero la indignación llegó al límite cuando se supo que en toda la semana no había dejado de soñar con el buey blanco. ¡Nunca soñaría nada exquisito!

Lo más raro de todo es que á Falalei no se le ocurrió la idea de mentir. No pensó en decir, por ejemplo, que en vez del buey blanco, había visto un coche en el que Foma Fomitch acompañaba á unas grandes damas. Tal mentira no habría constituido un pecado importante. Pero aunque se lo propusiera Falalei; era incapaz de mentir. Nadie se había atrevido á sugerírselo, porque todos sabían que se traicionaría á las primeras palabras y que Foma Fomitch lo sorprendería en flagrante delito; ¿qué hacer? La situación de mi tío se hacía insostenible. Falalei no se corregía y la angustia iba adelgazando al pobre chico. Melania, el ama de llaves, le roció con agua bendita, en la que había puesto un carbón, para conjurar el maleficio que, sin duda, le habían hecho, operación á la que colaboró la buena de Prascovia Ilinitchna, y que no dió ningún resultado.

—¡Maldito sea!—gritaba Falalei.—¡Se me aparece todas las noches! Al acostarme no dejo nunca de decir ésta oración: «¡Sueño; yo no quiero ver al buey blanco! ¡Sueño, yo no quiero ver

al buey blanco!» Pero todo es inútil; se me aparece enorme, con sus cuernos, con su enorme hocico... ¡Muu...! ¡Muu...!

Mi tío estaba desesperado, pero afortunadamente parecía que á Foma se le había olvidado el buey blanco. Claro que nadie le creía hombre capaz de perder de vista una circunstancia tan importante. Todos se decían con terror que la había dejado á un lado para usar de ella en tiempo oportuno. Más tarde se supo que por aquellos momentos tenía Foma Fomitch otras preocupaciones y que otros planes maduraban en su cerebro. Era el único motivo de la tregua que concedía á Falalei y que á todos aprovechaba. El muchacho recobraba su alegría; hasta empezaba á olvidarse de lo pasado. Las apariciones del buey blanco se iban haciendo más raras, aunque de tiempo en tiempo volvía el famoso buey á recordar su existencia fantástica. En una palabra, todo habría marchado lo mejor posible si no existiese la Kamarinskaia.

Falalei bailaba admirablemente; el baile era su especial aptitud; bailaba por vocación, con un entusiasmo y una alegría infatigables; pero todas sus preferencias iban del lado del aldeano Kamarinski. No era que la conducta ligera é inexplicable del errabundo campesino

le fuesen particularmente agradables, no; se entregaba á la Kamarinskaia porque no podía oír su música sin ponerse á bailar. Y en ocasiones, algunas noches, se reunían dos ó tres lacayos, los cocheros, el jardinero que sabía tocar el violón, y algunas criadas, en cualquier sitio apartado de la casa, lo más lejos posible de Foma Fomitch, y allí era el desencadenarse de la música de los bailes, y por fin, de la Kamarinskaia. Componíase la orquesta de dos *balalaikas*, de una guitarra, de un violín y de un tamboril en el que Mitouchka redoblaba con maestría incomparable. Y había que ver á Falalei tomar carrera; bailaba hasta perder el conocimiento, hasta que se le acababan las fuerzas. Estimulado por los gritos y las risas de los concurrentes, lanzaba chillidos agudos, reía, palmoteaba. Brincaba como impulsado por una fuerza prestigiosa que le dominase y aplicaba todo su celo á seguir el ritmo acelerado de la apasionada canción, y sus talones herían la tierra. Hallaba en eso una inmensa voluptuosidad que se habría perpetuado para alegría suya, si la bulla ocasionada por la Kamarinskaia no hubiese llegado á oídos de Foma Fomitch que, asombrado, mandó inmediatamente en busca del coronel.

—Coronel, tengo una sola pregunta

que hacerle: ¿La resolución de usted de perder á ese idiota, es ó no irrevocable? En el primer caso, me retiro inmediatamente; en el segundo, yo...

—¿Pero qué ha hecho?—exclamó asustado mi tío.

—¿Lo que ha hecho? Sencillamente esto: que baila la Kamarinskaia.

—Bien; pero veamos..., ¿qué importancia tiene eso?

—¿Cómo que qué importancia tiene?—gritó Foma con voz chillona.—Y ¿es usted el que lo dice? ¿Usted, su señor y puede decirse que su padre? ¿No sabe usted que la canción cuenta la historia de un innoble aldeano que, en estado de embriaguez, lleva á cabo la acción más inmoral? ¿Sabe usted lo que hizo aquel aldeano corrompido? No vaciló en pisotear los lazos más sagrados, en pisotearlos con sus botas de patán, con botas acostumbradas al suelo de las tabernas. ¿Comprende usted ahora que su contestación ofende los sentimientos más nobles? ¿Que me ofende á mí? ¿Lo comprende usted, si ó no?

—Pero, Foma, si no es más que una canción. Veamos, Foma...

—¡No es más que una canción! ¡Y no tiene usted vergüenza de confesarme que la conoce, usted, un hombre de mundo, un coronel padre de niños, inocentes y puros! ¡No es más que una can-

ción! ¡Pero no hay duda que fué inspirada por un hecho real! ¡No es más que una canción! Pero ¿qué hombre honrado confesará que la conoce, que la ha oído, sin morir de vergüenza? ¿Quién? ¿Quién?

—También tú la conoces, Foma, puesto que me hablas así—contestó mi tío con toda la sencillez de su alma.

—¿Cómo? ¿Qué yola conozco? ¡Yo, yo!... Es decir... ¡Se me ofendel—exclamó de pronto Foma saltando de su silla y presa de la más rabiosa locura. No esperaba una réplica tan aplastante.

No describiré la cólera de Foma. El coronel fué ignominiosamente despedido de la presencia de aquel sacerdote de la moralidad, en castigo de su contestación indiscreta é inoportuna. Pero desde aquel día, Foma se había jurado sorprender á Falalei en flagrante delito de Karmarinskaia; por las noches, cuando todo el mundo le creía ocupado, ganaba el jardín ocultándose, daba vuelta á la huerta y se escondía entre el cánamo, desde donde se veía el rincón elegido por los aficionados al baile. Acechaba al pobre Falalei como el cazador acecha un pájaro, deliciosamente, pensando en lo que diría á todos, y sobre todo al coronel, en caso de acertar. Su infatigable paciencia se vió al fin coronada por el éxito. ¡Sorprendió la Kama-

rinskaia! Ahora se comprende por qué mi tío se tiraba de los pelos ante las lágrimas de Falalei; se comprende su emoción al oír á Vidoplissoff anunciar tan inopinadamente á Foma Fomitch cuya entrada nos sorprendió en pleno desorden.